

En los días sucesivos a la voraz noche que fue el 18 de octubre de 2019, mientras aumentaban las manifestaciones sociales de toda índole y recrudecía la violencia urbana, los diversos analistas de los medios y de la academia se abocaron a intentar comprender qué había sucedido en el tejido social chileno. La paradoja de la modernización y el quiebre de su promesa fue el paraguas que cubrió buena parte de los análisis esbozados. Así, eran múltiples las dudas que afloraban, en un país en donde la anomia parecía estar sentando cabeza. Y como gran «broche»: la institucionalidad y sus actores parecían pasmados, absolutamente paralizados por algo que «no vieron venir» ¿Por qué estallaba un país en donde el curso de la historia parecía prístino y directo hacia el desarrollo? ¿En dónde reside la crisis de octubre? A cinco años de ese hecho las respuestas por sus antecedentes -y obviamente sus consecuencias- siguen en desarrollo. Una de ellas la esbozó el historiador Gonzalo Vial, el cual ya en 2007 habló de una incipiente «catástrofe social», acentuada principalmente en una «crisis moral» que afectaba varios ámbitos del devenir nacional.

Esta crisis ética no se origina, por cierto, el 18 de octubre de 2019. Tiene larga data y es imposible fijarla exactamente en una fecha o hito. La anomia, aquél fenómeno enunciado por el sociólogo Émile Durkheim en 1893, en su célebre texto “*La*

*división del trabajo en la sociedad*”, y que refiere a un «estado sin normas que hace inestables las relaciones del grupo, impidiendo así su cordial integración», se caracteriza por una disminución de los valores comunes que llevan al caos y a la reducción del orden social. Se trata de un proceso que se gesta paulatina y silenciosamente hasta que -en este caso- en octubre se nos hizo demasiado patente, estallando estrepitosamente algo que venía de más atrás. En efecto, en un país cuyas élites confiaron en el progreso material como única fuente de bienestar, hablar de principios éticos y morales se volvió un tópico incómodo. Estábamos inmersos en una modernización admirada en todo el mundo («los jaguares de América»), donde solo era necesario mirar cifras macroeconómicas positivas en muchos aspectos, loables sin duda -como la reducción de la pobreza- pero obviando varios de los procesos sociales que subyacen en sociedades complejas los cuales al ser desatendidos arriesgan la identidad de nuestra sociedad; su ser mismo. Tal como lo advirtió Benedicto XVI en Westminster Hall «si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia».

De esta manera, la edición de *Raíces* que tienen en sus manos busca ser un análisis del tópico

incómodo: el estado de la ética en la sociedad chilena. No desde el pedestal moralizante, sino en un intento genuino por comprender qué ocurre en Chile y dónde se deben posar los ojos de quienes buscan ofrecer un horizonte vital para el país. Para eso, este volumen recorre las distintas bajadas del macro tópico. El ensayo introductorio, del académico Gonzalo Letelier, nos recuerda que la política no puede separarse de la ética así como tampoco deben entenderse como lo mismo. Sin embargo, el autor nos recuerda que la política sí puede (y debe) estar exigida por la virtud, no solamente en el cumplimiento de normas, sino «en actuar de modo razonable según el bien posible». A continuación, Sergio Micco hace un recorrido de los orígenes de la democracia y sus distintas respuestas en momentos inestables de la historia y cómo el respeto a la dignidad humana ha sido el faro guía de la acción política.

Junto a las trascendentes reflexiones de Gonzalo Letelier y Sergio Micco, y con el fin de llegar por otras vías a la comprensión de la moral pública, presentamos la entrevista al académico de la Universidad de los Andes e investigador senior de *IdeaPaís*, Matías Petersen, el cual desmenuza desde la mirada académica los componentes morales del mercado, sus límites y mutaciones en las últimas décadas. Por otra variante, la entrevista al actual presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, Jaime Antúnez, ofrece importantes aristas culturales y sociales para comprender a Chile y Occidente. En su visión, estamos frente al «hombre nihilista» y estima que en Chile triunfó una línea política «pragmática, utilitarista, sin historia, sin narración». Por su parte, Ascanio Cavallo ofrece un análisis político del Chile de las últimas décadas, llegando al punto clave que resulta la crisis de octubre. En su relato, conecta la ética con los medios de comunicación y su compromiso con la verdad.

Además, este volumen contempla en sus distintas secciones otros desafíos de la ética contemporánea. Javiera Corvalán y Cristián Rodríguez

sugieren que se han presentado importantes deficiencias morales en el debate acerca de la “cuestión trans”. Junto con hacer una invitación a transparentar las premisas filosóficas que suscriben todos los involucrados en la discusión, desarrollan las implicancias éticas que tienen algunas prácticas médicas como las “terapias género-afirmativas” y lo fundamental que es elevar el estándar integral de los argumentos que se ofrecen en su contra, sobre todo teniendo en cuenta que los más afectados con este tipo de tratamientos son los más vulnerables: niños y adolescentes. Pablo Mira describe el flagelo de la *narcocultura* en Chile, presente principalmente en las zonas más desfavorecidas y ofrece algunas vías de solución. La académica Josefina Araos se inmiscuye en la crisis de la Iglesia comenzada con el escándalo de los abusos y reposiciona, -a pesar de todo- el rol de la piedad popular en Chile. Y muy atentos a la coyuntura, los académicos Gabriela Arriagada y Abel Wajnerman comentan los desafíos de la inteligencia artificial, en donde explica que resulta una herramienta más que una “amenaza” como algunos pudiesen estimar.

Con esta edición, *IdeaPaís* refuerza su rol positivo frente a Chile, siempre atentos a los desafíos presentados por la política y conscientes de que toda acción pública es una actividad moral, pues -como enseñaba Václav Havel- todo «está siendo registrado y evaluado desde otro sitio, desde un lugar por encima de nosotros». En efecto, preguntas cómo ¿puede un país vivir solamente del aparataje legal? ¿Es suficiente el progreso económico para la estabilidad social de un país? ¿No deben ser las acciones de los actores públicos ejecutadas con un mínimo de comportamiento ético? ¿Qué lugar le damos a la ética en las acciones más cotidianas? resultan aún necesarias y esperamos que sigan en el debate público.

Agradecemos a todos los autores que se han hecho partícipes en esta edición, al equipo de *IdeaPaís* y en especial a la *Fundación Konrad Adenauer* que han creído en el proyecto e ideario de nuestro centro de estudios. 